

LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES FRANCESAS

El tan traído y llevado paralelismo establecido entre Napoleón III y el General De Gaulle, tuvo una nueva oportunidad de ponerse de manifiesto con motivo de las elecciones presidenciales francesas. En efecto, pese a cuantos gustan de presentar los hechos en forma tal que el General De Gaulle aparezca como un caso absolutamente inédito, no ha sido el primer Presidente francés elegido por sufragio popular, como se ha escrito con lamentable desconocimiento de la Historia de Francia en su grado elemental. Presentándose como defensor del orden y de la estabilidad—fórmula que tampoco ha innovado el General De Gaulle—, el 10 de diciembre de 1848, Luis Napoleón Bonaparte fué llevado a la Presidencia por el voto del pueblo francés. Posteriormente restableció el Imperio, previo el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, que fué aprobado por siete millones y medio de sufragios plebiscitarios, sufragios que, en un nuevo plebiscito en vísperas de Sedán, ratificaron masivamente la adhesión al Imperio. Ciertamente, el paso de la II República al II Imperio quiebra el paralelismo entre Napoleón III y el General De Gaulle, entre otros motivos porque el General De Gaulle sufrió el 5 de diciembre pasado un pequeño Sedán electoral que no permite, ni al más conspicuo optimismo, abrigar la ilusión de que el segundo mandato abra amplios horizontes al fundador de la V República. Por lo demás, la reelección del Presidente de la República tampoco es acontecimiento insólito. Jules Grévy y André Lebrun se sucedieron a sí mismos, si bien ninguno de ellos llegara al término de su mandato. La novedad de estas elecciones no reside, pues, en los aspectos secundarios de la cuestión, falseados, además, por el afán de redondear la propaganda en torno a la figura del General De Gaulle. Reside en el hecho de que han evidenciado, en forma incuestionable, la inexactitud de la imagen que se venía pintando de Francia: un país en el que una abrumadora mayoría, compuesta por la clientela de los viejos partidos

convertida a las fórmulas del régimen gaullista, formaba una guardia pretoriana en torno al General De Gaulle. Sin embargo, el observador un poco atento a la realidad no precisaba esperar aquella fecha para percatarse de las reservas de amplios sectores franceses ante aspectos interiores y exteriores de la política del General De Gaulle y de que las opiniones discrepantes prestaban oídos a esos partidos políticos que la V República se jactaba de haber barrido o, al menos, neutralizado. A este respecto fueron significativos los resultados de las elecciones municipales celebradas en marzo de 1965, que tuvieron poco eco en la prensa no francesa. Se estimó, sin duda, que las cuestiones que se ventilaban, por ser de ámbito municipal, no podían trasladarse a la escala nacional. Sin embargo, tales elecciones dieron lugar preferente en la escena política a tendencias aparentemente olvidadas merced a la eficacia de la V República. Los candidatos gaullistas se vieron desplazados por representantes de los diversos matices de una oposición que levantaba cabeza. De rechazo, era el gaullismo el que se batía en retirada. Por otra parte, la resaca de la popularidad del General De Gaulle y del asentimiento del pueblo francés a su política se reflejaba ya en las cifras. El referéndum que en 1958 le daba 17.668.000 votos se reducía en 1962 a 13.150.000 votos. En la primera votación de las elecciones presidenciales, la cifra de votos en su favor cayó a 10.811.480, es decir, el 44,61 por 100 de los electores, cuando no existía la disyuntiva del 19 de diciembre, o sea cuando los franceses podían expresar su opción política frente a mayor diversidad de programas y de personas. De ahí que sean los resultados del 5 de diciembre los que han de considerarse como exponentes de la auténtica realidad política francesa. En efecto, por imaginarse muchos partidarios de M. Lecanuet y otros candidatos descartados en la segunda votación que, votando al General De Gaulle el 19 de diciembre, no lo harían junto a comunistas, le aportaron 2.273.927 votos más que los conseguidos anteriormente¹. Permitieron al General De Gaulle obtener la mayoría, pero tales votos no tienen evidentemente la sig-

¹ Los votos conseguidos por los cuatro candidatos descartados en la segunda votación suman 5.731.256. Tales votos fueron, el 19 de diciembre, en parte al General De Gaulle y en parte a François Mitterrand, pero se abstuvieron o votaron en blanco 522.187 electores. En la segunda votación, de los 28.920.909 inscritos en las listas electorales, votaron 24.378.401, siendo válidos 23.708.654 votos. Por tanto, el 5 de diciembre el General De Gaulle consiguió el 43,71 por 100 de los votos válidos y el 36,78 por 100 de los electores inscritos en las listas electorales. El 19 de diciembre, conseguía el 54,49 por 100 de los votos expresados y el 44,77 por 100 de los electores inscritos.

nificación de adhesión espontánea y sin reservas a su política ni al régimen que ha modelado. El mismo origen, ciertamente, tienen los 2.935.142 votos que François Mitterrand sumó el 19 de diciembre a los ya conseguidos, si bien la comparación de las cifras agregadas a los respectivos resultados de la primera votación lleva a la conclusión de un mayor incremento de votos en favor del candidato derrotado, M. Mitterrand, que obtuvo el 44,80 por 100 de los votos finales (anteriormente el 31,72 por 100).

Esta exposición de cifras, o sea de incuestionables argumentos, no pretenden poner en tela de juicio el hecho de la elección final a la Presidencia de la República del General De Gaulle después de un mortificante *ballottage* que, más que un palmetazo, es la prueba de que, en realidad, no puede ya —ni podía desde hace tiempo— hablar solemne y altivamente en nombre de todo ese complejo país que es Francia. De seguir haciéndolo, para proseguir en definitiva su habitual política personal, será en nombre de una mayoría limitada y heteróclita, lograda no sin trabajo, en la que faltarán los europeístas católicos, los partidarios del mantenimiento de la alianza con los Estados Unidos, los reticentes ante la apertura al Este y los adversarios de un desarrollo del poder atómico de Francia, es decir, los no adictos a la política exterior del General De Gaulle. A todos ellos los replegó atemorizados hacia el gaullismo el laicismo de Mitterrand—aunque éste no sea militante—y el apoyo oficial que le prestó el Partido Comunista francés, sin caer en la cuenta de que el más puro laicismo se da entre los seguidores del General De Gaulle, a quien no faltaron, por otra parte, los votos comunistas. Así lo prueba el cuidado extremo aportado por el equipo gaullista durante el intermedio entre las dos elecciones para no atacar al Comunismo y más bien recordar los aspectos “realistas” y “positivos” de su política exterior, o sea su aproximación al Este, la República Popular China incluida². El propio General De Gaulle recalcó este extremo en una de sus intervenciones ante la televisión³, al tiempo que limaba verbalmente las ásperas aristas

² André Malraux, Ministro de la Cultura, argumentó en una reunión electoral que François Mitterrand no podía calificarse de izquierda por no haber combatido en las filas de las Brigadas Internacionales durante la guerra de España, como él lo hiciera.

³ Con fecha 27 de mayo pasado, *ABC* publicó la siguiente noticia de la Agencia EFE: «Se ha registrado un cambio favorable en las relaciones entre el régimen gaullista y el partido comunista francés al recibir el presidente De Gaulle a un funcionario de la Federación General de Obreros, dominada por los comunistas... Los comunistas han modificado su oposición al General De Gaulle, en parte porque sus votantes tradicionales

de su política con o contra los Estados Unidos, el Mercado Común y demás problemas cuyo enfoque no agradaba a amplios sectores del pueblo francés, como se lo habían demostrado con sus votaciones. Esta ambigua postura de *concesiones con fines electorales*, que no implican una reconsideración esencial de los supuestos básicos de la política gaullista y apenas una reconsideración formal, muestra cuán erróneo es simplificar el panorama político de Francia reduciéndolo a De Gaulle, valla contra el Comunismo, y un Frente Popular del que François Mitterrand sería el adelantado. La realidad es que, vistas a través del prisma gaullista, las elecciones del 5 de diciembre no apuntaban a la derrota de un Frente Popular ni de alianza alguna del matiz político que fuera, sino celebrar una simple "reconsagración" de la persona del General De Gaulle al frente de los destinos de Francia. El *ballottage* evidenció, con la cruel evidencia de las cifras, que el 55,39 por 100 de los electores le decía "no" al General De Gaulle, volviéndose hacia los demás candidatos. Por faltar en absoluto la "adhesión masiva" solicitada para dar visos de plebiscito a la elección, todo descendía al plano vulgar de una lucha electoral en la que el General De Gaulle y sus fieles seguidores hubieron de defenderse, atacar, replicar, argumentar, emplearse a fondo y recorrer incansablemente la geografía del hexágono, como en los buenos tiempos de anteriores repúblicas. Lejos atrás quedaba el tono casi displicente del General De Gaulle en su breve alocución al pueblo francés haciéndole saber que tenía a bien presentarse para la suprema jerarquía del Estado. Fiel a su táctica de plantear los problemas en términos de dilema, en aquella ocasión dijo que se trataba de elegir entre De Gaulle y el caos, lo cual revela que el propio creador de la V República abriga serias dudas respecto a la fortaleza objetiva de tal República para mantenerse sin él. Aunque lo sucedido en las elecciones no mostrara ser un anticipo del "caos", lo que sí se vió es que, pese a las afirmaciones tajantes sobre los grandes cambios acaecidos en las estructuras políticas y mentales de los franceses, por el portillo de las elecciones presidenciales habían hecho acto de presencia en la palestra, otros modos de entender el presente y el futuro de Francia, ello en lo interno y en lo internacional, que aquellos que se daban por definitivamente implantados.

Ya hemos indicado que el fenómeno no surgió el 5 de diciembre de modo

no eran partidarios de la oposición al General, y en parte, debido a la política de acercamiento a la Unión Soviética del Presidente francés.»

totalmente sorprendente y sin señales precursoras. Es más, cabe decir que la primera votación para la Presidencia de la República no tuvo lugar el 5 de diciembre, sino en marzo de 1965. De suerte que las elecciones legislativas de 1967, a las que se llama ya "la tercera votación", serán en realidad "la cuarta". Es prematuro para hacer previsiones en cuanto a la situación resultante de esa cuarta votación. Las fuerzas de la oposición no están todavía encajadas en movimientos políticos definidos, aunque empiecen ya a diseñarse. Atento al peligro que suponen unas elecciones que podrían llevar a la Asamblea nacional una mayoría antigaulista, el astuto político que es el General De Gaulle seguirá haciendo temporalmente ciertas concesiones formales, como las que ya ha hecho ⁴, aunque no creemos que esenciales. Así, ganando tiempo y dislocando acaso las filas de sus adversarios al arrebatárles argumentos críticos, singularmente de tipo social y económico, intentará salvar los escollos de las elecciones legislativas. El objetivo es resistir hasta que la V República pueda volver por sus fueros, es decir, los fueros del General De Gaulle, una vez cortada la mano que si no ha de besar, tiene al menos que acariciar hasta asegurar una cómoda composición de la Asamblea nacional.

Ello da idea de lo fino que debe hilar el General De Gaulle durante la

⁴ Según acordado en una reunión restringida del Consejo de Ministros francés, el pasado 23 de diciembre, el Gobierno francés aprobó una reducción de tarifas aduaneras del 10 por 100 entre los seis Estados del Mercado Común. Tal reducción debiera haber entrado en vigor el 1 de enero del corriente año, pero queda aplazada hasta que la decisión sea publicada en el Diario del Estado. Asimismo se acordó que la delegación francesa se reintegrara en el seno del Mercado Común, que abandonó el 30 de junio de 1965. Pero «Francia ha comunicado al Presidente del Consejo de la C.E.E. que el procedimiento escrito no le parece apropiado para la adopción de los presupuestos comunitarios para 1966. Si se mantiene la postura francesa, se exigirá una discusión en el seno del Consejo, que peligraría con posponer para el mes de marzo la entrada en vigor definitiva de los presupuestos. El retraso implicaría que los países miembros de la C.E.E. se desarrollarán en una situación precaria, al no poder conocer qué acciones nuevas podrían llevarse a cabo. Sin embargo, en el plano jurídico, los cinco podrían adoptar los presupuestos por una decisión mayoritaria. Pero tal decisión tendría graves consecuencias, máxime si Francia no reconoce la validez de los derechos y obligaciones que se deriven de los mismos». (3e, Madrid, 9 de enero de 1965.) Como se evidencia, no escasearán los motivos o los pretextos para que Francia pueda eventualmente volver a plantear una situación semejante a la planteada el 30 de junio pasado. El insistente empeño del ingreso de Gran Bretaña y España en la C.E.E. podría provocar una situación semejante a aquélla.

primera etapa de su mandato, tanto más cuanto que, animados por el éxito que fué su *ballottage*, sus adversarios estarán atentos al menor error táctico. La índole de la política gaullista, conservadora y de derecha en lo interno, progresista e izquierdista en lo internacional, hace que en cualquier caso desagrade a algún sector francés. Guardarse de no ir ni por la derecha ni por la izquierda y tampoco querer ir por el centro es muy difícil caminar. Es tanto más difícil cuanto que el intento de Gaston Defferre de agrupar en torno al Partido socialista a las fuerzas de la izquierda no comunista y al M. R. P., en una llamada "gran federación", aunque fracasada, señala el primer paso por el camino de una oposición organizada y coherente al gaullismo identificado con el poder personal. Otro tanto cabe decir de la valiente, tenaz y en cierto modo quijotesca campaña realizada por el conocido abogado Tixier-Vignancour, quien, si bien no logró para sí más que el 5,20 por 100 de los votos, asestó al gaullismo recios golpes que beneficiaron a otros contrincantes no estorbados por la etiqueta de "extrema derecha" que se le asignó. Pero el síntoma más característico de una oposición en busca de un jefe se vió al presentar su candidatura François Mitterrand, *leader* de la Unión Democrática y Socialista de la Resistencia y diputado de la Nièvre, ello sin acuerdo preliminar con los partidos que posteriormente decidieron apoyarlo, pues todos por aquel entonces estudiaban la eventualidad de presentar su propio candidato, singularmente el Partido Comunista. Todo hace presumir que éste desistió de su propósito inicial por temor a dejar al descubierto los límites reales de su fuerza, una fuerza mermada por las divisiones internas que lo aquejan y que las dificultades para tomar posición ante la candidatura de Mitterrand permitió clasificar en tres tendencias⁵: los partidarios de atenerse a las vías señaladas por la U. R. S. S., o sea los decididos a votar en favor del General De Gaulle, como hicieron en otras ocasiones⁶; los que estimaban la conveniencia de votar en favor de Mitterrand, pese a sensibles divergencias doctrinales y de programa, para terminar con el aislamiento del partido dentro de la izquierda francesa y, finalmente, los que abogaban en favor de una candidatura exclusivamente comunista, posición ésta singu-

⁵ Marx trató del fenómeno de desfase entre las infraestructuras y las superestructuras como características de situaciones en vías de liquidación. Por una ironía del destino, ese fenómeno se da en el P. C. F. Se mantiene una superestructura, el partido, pero la infraestructura, su unidad, está en crisis.

⁶ El Partido Comunista francés votó «sí» en todos los referéndums celebrados por el General De Gaulle.

larmente sustentada por los grupos pro-chinos del Partido Comunista francés, representados por la Federación de Círculos marxistas-leninistas⁷. Como se evidencia, el Partido Comunista francés dista mucho de ser el bloque monolítico de antaño⁸ y ha perdido en parte su virulencia agresiva, extremo éste sumamente lógico al tratarse de un partido que lleva cerca de cincuenta años preparando una revolución que aún no ha llevado a cabo en Francia. De ahí que sus dirigentes hubieran de operar con los militantes por vía de convencimiento en lugar de pretender imponer la disciplina de partido. En la reunión plenaria del Comité Central del P.C.F., de los 23 y 24 de septiembre pasado, el Secretario General Waldeck-Rochet propuso apoyar la candidatura de François Mitterrand, propuesta que aprobó el Buró Político el 7 de octubre. Pero la decisión creó en el seno del Partido tal malestar, que a finales de noviembre hubo de celebrarse una gran reunión para que los dirigentes la justificaran y explicaran a la masa de los afiliados. Basta recordar la posición de Mitterrand frente a las grandes opciones internacionales como Europa, el Mercado Común y singularmente el Pacto Atlántico, para calibrar la magnitud del esfuerzo de adaptación a las circunstancias que los dirigentes del P.C.F. pedían a sus militantes. La perplejidad de esos militantes debió alcanzar su punto álgido si oyeron a Waldeck-Rochet decir por radio: "Jamás hemos presentado la retirada de Francia del Pacto Atlántico como condición previa de nuestra cooperación con los socialistas y los republicanos." Pero es evidente que las razones aducidas por los dirigentes del P.C.F. no convencieron a todos los militantes, dado que en política exterior el General De Gaulle lleva un camino más próximo al de sus deseos, tanto si tales militantes son fieles a Moscú como si se inclinan hacia China. Así lo muestra el hecho de que en sectores parisinos y ciudades de clara preponderancia comunista, Mitterrand no lograra la votación rotundamente mayoritaria que cabía esperar de un apoyo oficial del Partido Comunista⁹.

⁷ La tesis, la antítesis y la síntesis de Hegel parecen tener expresión concreta en estas tres tendencias. La que dirige Waldeck-Rochet, muestra la preocupación de cumplir una misión de síntesis.

⁸ La destalinización provocó en el P.C.F. una desorientación que acrecentó la destitución fulminante de Jruschev. De ahí la tendencia de sus dirigentes a independizarse suavemente de los dirigentes soviéticos. La muerte de Maurice Thorez y la pugna chino-soviética han sido otros grandes golpes sufridos por ese partido.

⁹ Sólo en dos de las tres regiones geográficas tradicionalmente dominadas por la izquierda y la extrema izquierda fueron mayoritarios los votos en favor de M. Mitterrand:

Sirva de ejemplo concreto el caso de Saint-Denis, suburbio de París y bastión tradicional del Comunismo, donde la coalición izquierdista de las elecciones municipales cosechó el 70 por 100 de los votos, en tanto que Mitterrand sólo consiguió el 53 por 100. Por otra parte, los 7.655.042 votos conseguidos por este candidato en la primera votación, aun siendo más numerosos que cuantos pronósticos se hicieron, distan sensiblemente de representar la cifra total alcanzada por los candidatos de la izquierda en las elecciones legislativas de 1958 y 1962: 8.870.000, de los cuales 3.900.000 comunistas, y 8.160.000, de los cuales unos cuatro millones comunistas, respectivamente. Dado el elevado número de electores en las elecciones presidenciales, que excluye la explicación del abstencionismo, hay que admitir la realidad de un callado, pero real apoyo de sectores comunistas u otros grupos de la izquierda al General De Gaulle, pues no cabe pensar que tales votos hayan favorecido a uno cualquiera de los demás candidatos.

Este sucinto análisis de las elecciones presidenciales francesas muestra que si, en efecto, las divisiones de opiniones políticas han sido el mal de la IV República, la V República no ha logrado desmontar "el desastroso sistema de los partidos", a no ser en los sarcasmos del General De Gaulle. Es más, ha acentuado ese mal con un factor de confusión y desconcierto que ha escindido a los partidos. Así se vió al viejo partido radical-socialista dividirse parte en favor de M. Lecanuet, parte en favor de M. Mitterrand y al radical-socialista M. Maurice Faure, que apoyaba enérgicamente al candidato centrista, preconizar la votación en favor del candidato izquierdista el 19 de diciembre, en tanto que M. Pflimlin, dirigente del M. R. P. y también partidario de M. Lecanuet, se inclinaba por De Gaulle, si éste aclaraba previamente sus intenciones en la cuestión de Europa. En caso contrario, aconsejó el voto en blanco. También se vió a Tixier-Vignancour, el llamado representante de la "extrema derecha", pedir a sus seguidores que votaran a Mitterrand, mientras significados elementos izquierdas, cuales Salacrou, Roger Stéphane, Jérôme Lindon, Jean Cau, etc., declaraban públicamente su preferencia por el General De Gaulle, ello sin mencionar las tergiversaciones del Jefe del Socialismo francés, Guy Mollet, quien, después de prometer su apoyo a Mitterrand, no hizo dengues a la eventualidad de que M. Antoine Pinay presentara su candidatura.

en el Centro y en el Sur (Languedoc y región mediterránea). En el Norte, el porcentaje de votos fué inferior a los resultados conseguidos en 1962 por los partidos que en 1965 han apoyado a ese candidato.

Sin embargo, pese a lo confuso y a veces absurdo del panorama político francés en el período preelectoral y en el comprendido entre las dos votaciones a que dieron lugar estas reñidas elecciones, en nuestra opinión no se trata de una situación duradera que justificaría las diatribas del General De Gaulle contra los partidos. Aunque la oposición tenga todavía contornos poco precisos, se diseñan agrupaciones y grupos concretos cuya existencia no podrá ser ignorada despectivamente por el Presidente de la República, que, si bien salió vencedor a la postre, ha salido maltrecho de una batalla electoral en la que se vió forzado a participar como un candidato más, lo cual cercena su prestigio dentro y fuera de Francia. Como escribía Marc Lauriol: "El mito gaullista murió el 5 de diciembre de 1965. La legitimidad francesa está a salvo de un *ballottage*: no puede recobrase mediante maniobras electorales"¹⁰. Por lo pronto, esta victoria alicortada del General De Gaulle tendrá por efecto el impedirle llevar a cabo su proyecto de referéndum para el año en curso, a fin de reformar el Senado y nuevamente la Constitución, con vistas a asegurar su sucesión en la línea gaullista¹¹. Por otra parte, ya se perfilan las agrupaciones y reagrupaciones que se aprestan para un nuevo ataque a la fortaleza gaullista, no tan inexpugnable, en definitiva, como parecía serlo. Ya está en marcha un movimiento demócrata liberal y europeo, partido centrista, encabezado por M. Jean Lecanuet, en el que acabará de diluirse el M. R. P. y grupos afines, y que tiene visos de ser la clave del futuro político de Francia. La misma U. N. R., partido gaullista, está en trance de operar profundas transformaciones para adecuarse a la lucha electoral, que promete ser reñida, o sea recordar los mejores tiempos de las anteriores Repúblicas. En cuanto al candidato de la izquierda, animado por un éxito que rebasó sus esperanzas ("con el *ballottage* Mitterrand no podía llegar a más ni el General De Gaulle a menos", se ha dicho), se dispone a organizar unas fuerzas un tanto invertebradas, porque sólo unidas circuns-

¹⁰ «Du mythe à l'équivoque», *Le Monde*, 14 de diciembre de 1965.

¹¹ La finalidad perseguida con el proyecto de reforma del Senado y la modificación de la Constitución era eliminar al Presidente del Senado, M. Monnerville, quien habría de asumir la Presidencia de la República en caso de fallecimiento o incapacidad del titular, de acuerdo con los términos de la Constitución en vigor. La animadversión del General De Gaulle hacia el Presidente del Senado es bien conocida. Por este motivo, este último no asistió a la investidura del General De Gaulle para el nuevo septenio. El problema de su sucesión preocupa grandemente al Presidente de la República y no se descarta la celebración de un referéndum solicitando del pueblo francés el derecho a nombrar su sucesor.

tancialmente. ¿Incluirá esta "gran federación" de nuevo tipo al Partido Comunista francés? La satisfacción de Waldeck-Rochet ante la recobrada "unidad de acción" podría hacer presumir que los dirigentes de ese partido se inclinarán a tomar parte en una reagrupación de fuerzas de izquierda en la que desempeñarían un papel que Mitterrand, simple candidato a la presidencia, no les permitió desempeñar. Pero estimamos que esta conclusión es apresurada. Por una parte, es probable que el cauto Mitterrand no quiera estar desvinculado del todo de ese partido centrista que, ya lo hemos dicho, tiene grandes posibilidades de futuro. Por otra, dada la situación interna del Partido Comunista francés, unirse a grupos doctrinaria e ideológicamente distintos tanto puede redundar en beneficio de su unidad como ensanchar las brechas en él existentes. Los argumentos en pro o en contra de la conveniencia de unirse al movimiento que encabece Mitterrand escapan al comentarista por faltarle elementos de juicio de que disponen los dirigentes comunistas y que no dejarán de apreciar. Y, llegado el caso, expondrán la conveniencia de "mantener la unidad de acción" o bien de "recobrar la libertad de acción". La capacidad marxista para el análisis objetivo de las situaciones les permite generalmente maniobrar sobre seguro, es decir, viendo las cosas como son y no como las sugieren sus deseos. Por ello, en ocasiones, saben retroceder. Cuando su fuerza real no está a la altura de las circunstancias, no tienen el pundonor, que llaman "pequeño burgués", de morir antes que echarse atrás. Lenin expuso con frialdad de matemático esta regla de oro de la táctica marxista. Bien parece que la lección ha calado hondo en las filas de sus discípulos. Recuérdese el enfrentamiento de la U. R. S. S. y de los Estados Unidos en la crisis de Cuba. Por ello, en nuestra opinión, está en duda que el Partido Comunista luche junto a la izquierda no marxista en las elecciones legislativas, a menos de que se adoptara una fórmula vecina de la del Frente Popular, que permita que se disimulen las dolencias internas de ese partido. Finalmente, no se puede descartar que triunfe el punto de vista del socialista Gaston Defferre, partidario de la exclusión de los comunistas, como pretendía su proyectada "gran federación". Al objeto de fijar la orientación política del Partido Socialista en las elecciones legislativas, en el Consejo Nacional del pasado noviembre, se acordó convocar para enero de 1966 un Congreso extraordinario. Mas la resistencia de Guy Mollet a su celebración aplaza al menos las decisiones que se hubieran adoptado.

Sin embargo, el hecho objetivo de las dificultades que puede suscitar una oposición plural que vela las armas para el combate de la primavera de

1967 no ha parecido alterar la altiva confianza del General De Gaulle en su política. Tal se desprende de la alocución de fin de año, que no refleja rastro alguno de la severa advertencia recibida días antes en las elecciones, sino todo lo contrario: “De hecho—dijo—estamos asentando las instituciones sólidas que acaban de ser confirmadas, con una hacienda y una economía saneadas...” Y, como era de suponer, volvió *incontinenti* a su tema predilecto: el “de las hegemonías rivales”, entre las que, merced a su hábil timonel, la nave francesa está en condiciones “de hacer lo que sea necesario para no verse, llegado el caso, integrada en ninguna guerra que no fuese la nuestra”. Ello muestra a las claras que, entre otros planes, el General De Gaulle sigue adelante con el de convertir a Francia en potencia atómica independiente, cuyo papel en una conflagración mundial cuesta trabajo exponer con argumentos incontrovertibles hasta a los especialistas más adictos a esa política. A lo sumo, se llega a conclusiones de las que se deduce que, en caso de ataque de la U. R. S. S. a Europa, la fuerza atómica francesa obligaría a Norteamérica a defenderla¹². Lo cual se nos antoja el reconocimiento clarísimo de la necesidad que tiene Europa de esa protección, que es precisamente el reproche mayúsculo que el General De Gaulle dirige a Norteamérica. En cuanto a esa guerra “que no fuese la nuestra”, superfluo es comentar el irrealismo contenido en la pretensión de *escoger* en un conflicto de nuestros tiempos. Está tan fuera de la estricta y cruel realidad, como asegurar de antemano que se limitará. Por lo demás, dadas las referencias hechas en esa alocución a “nuestro proyectil “Decmate”, nuestros primeros satélites”, recordamos que la prensa difundió en su día que fueron cohetes propulsores norteamericanos que los pusieron en órbita, ello sin minimizar la valía de los técnicos franceses, sino señalando los límites de las posibilidades francesas en este terreno. Asimismo, el General De Gaulle mencionó las 410.000 viviendas construidas en 1965¹³, los 176 kilómetros de autopistas¹⁴ y otros aspectos reveladores de que “nuestra expansión, en la hora

¹² Vid. General Beaufre: *Dissuasion et Stratégie*, Armand Colin, París, 1965.

¹³ Viviendas de renta normal (I. L. N.), ninguna de las 14.000 previstas por el plan 1961-1965. Zonas a urbanizar con prioridad (Z. U. P.): en 1959 se previó la construcción de 660.000 viviendas. En 1 de enero de 1965, 42.000 construidas. La construcción de viviendas en Francia está muy por debajo de las cifras para Alemania (623.000) e Italia (446.000).

¹⁴ Red de autopistas en 1965: Alemania, 3.220 kilómetros; Italia, 1.660 kilómetros; Inglaterra, 535 kilómetros; Países Bajos, 531 kilómetros; Francia, 497 kilómetros. O sea,

actual, ha tomado impulso para dar un nuevo salto hacia adelante". Sin embargo, el informe oficial presentado al Consejo Económico señalaba que en 1959 las exportaciones francesas superaban las importaciones en 527 millones de dólares, en tanto que en 1964 fueron las importaciones las que superaron las exportaciones por un importe de 1.077 millones de dólares. Pero el General De Gaulle no hizo alto ante estos hechos, ni ante otros no demasiado felices de la situación interior. Rápidamente pasó al terreno internacional, donde está más a sus anchas que en el terreno económico y social, que en una ocasión llamó "la intendencia". Además, lo internacional es "dominio reservado" del Presidente De Gaulle. "En lo exterior—dijo—, partiendo de nuestra independencia recobrada, y sin por ello alterar nuestras amistades ni nuestras alianzas, podemos reemprender la organización del Mercado Común de los Seis en condiciones que sean más equitativas y razonables y con la esperanza de que sobre esta base otros países vecinos se unirán a él; desarrollar más aún con los países del Este nuestras relaciones económicas, científicas, técnicas y políticas; establecer con China relaciones multiplicadas; estrechar los lazos de amistad y cooperación que tejemos entre nuestro pueblo y los de Africa, Oriente, Asia y América Latina." Como se evidencia, el mantenimiento del General De Gaulle en la Presidencia de la República vecina asegura la continuidad de una política internacional un tanto desmelenada, que el Profesor Vedel calificó de "política internacional de un país subdesarrollado". En efecto, salvo la concesión de pasarle el peine al pleito con el Mercado Común, pero condicionando con muchas reservas tal concesión, más verbal posiblemente que efectiva, aparecen incambiadas las grandes preocupaciones de proyección mundial del General De Gaulle. Es decir, que ese guión de la política internacional del nuevo septenio está en la línea de una pretensión a la síntesis de contrarios que ha venido siendo la actividad exterior de la V República, o sea "una política exterior que cambia cada seis meses, antiamericana con los rusos, luego antirrusa con los chinos y, en breve, antichina... con los monegascos", como dijo duramente François Mitterrand durante su campaña electoral. El final de la alocución careció de esa elevación de tono a que nos tiene acostumbrados el General De Gaulle, pero en ella se inscribía en filigrana los retoques que había de aportar a su gobierno, que en cierto modo también "se sucede a sí mismo",

kilómetro por 1.000 kilómetros cuadrados: Países Bajos, 15,6; Alemania, 11,5; Bélgica, 9,7; Italia, 5,5; Inglaterra, 2,2; Francia, 0,9.

pues habló de "mayor justicia en el reparto del producto del trabajo nacional" y de "la puesta en obra de un Estado estable y eficaz".

La pieza maestra de tal Estado, es decir, el Gobierno, ha quedado oficialmente constituido a la hora de redactar este comentario. Aparentemente, no ha sufrido grandes cambios, por seguir formando parte de él la casi totalidad de sus anteriores componentes¹⁵. Lo sigue presidiendo M. Pompidou. Siguen desempeñando sus anteriores funciones Couve de Murville, Fouchet, Messmer, Foyer, etc. El Ministro del Interior, M. Frey, sigue en su puesto sin haber sufrido las consecuencias de la sorpresa que representó para el General De Gaulle el *ballottage* del 5 de diciembre. La nota ruidosa la dió la entrada en el Gobierno de Edgar Faure¹⁶, acto seguido expulsado de su partido radical-socialista, para ocupar el Ministerio de la Agricultura, sustituyendo a M. Pisani, cuya actividad en tal departamento fué un fracaso¹⁷. En realidad, lo esencial en este reajuste gubernamental ha sido la exclusión de M. Giscard d'Estaing, Ministro de Hacienda, creador y defensor del V Plan de Desarrollo, de orientación conservadora. Su sustitución por M. Michel Debré, en una especie de super-Ministerio titulado de Acción Económica y Social, muestra a las claras que, a su vez, el General De Gaulle y el partido en el poder se disponen a arrebatar argumentos a la oposición, la cual tuvo muchos a mano durante la campaña electoral, todos tendentes a poner de manifiesto los aspectos negativos, en el orden social y económico,

¹⁵ Lista del Gobierno francés: Primer Ministro, Georges Pompidou; Asuntos Culturales, André Malraux; Reforma administrativa, Louis Joxe; Justicia, Jean Foyer; Interior, Roger Frey; Investigación Científica y Cuestiones espaciales, Alain Peyrefitte; Educación Nacional, Christian Fouchet; Antiguos Combatientes, Alexandre Sanguinetti; Correos, Telégrafos y Teléfonos, Jacques Marette; Juventud y Deportes, François Missoffe; Departamentos y Territorios de Ultramar, Pierre Billotte; Economía y Hacienda, Michel Debré; Asuntos Sociales, Jean-Marcel Jeanneney; Equipamiento, Edgar Pisani; Industria, Raymond Marcellin; Asuntos Exteriores, Maurice Couve de Murville; Defensa, Pierre Messmer; Agricultura, Edgar Faure.

¹⁶ Edgar Faure fué ocho veces ministro en la IV República y dos veces Presidente del Consejo. Tal vez sea el único personaje importante de esa República que figure en el nuevo Gobierno francés, como se ha escrito (*Ya*, 9 de enero de 1965). De hecho, no es el único en haber tenido arte y parte en ella. M. Fouchet tuvo una cartera en el Gobierno Mendès-France. En cargos significativos de la V República figura M. Chaban-Delmas, actual Presidente de la Asamblea Nacional; también fué ministro en el Gobierno Mendès-France, en el Gobierno Guy Mollet y en el Gobierno Gaillard. M. Palewski, Presidente del Consejo Constitucional, fué ministro en el Gobierno Edgar Faure.

¹⁷ Se dijo de él que «mandó sembrar para Europa y cosechar para Francia».

del régimen gaullista. Porque es bien conocido que M. Debré, aun siendo hondamente partidario del General De Gaulle, ha sido, desde fuera del Gobierno anterior, un declarado enemigo de ese V Plan que, en su opinión, frenaba la expansión francesa en razón de su preocupación por impedir la inflación, lo cual ciertamente provocaba la estabilidad—relativa en los hechos—, pero también frenaba las inversiones. El nombramiento de M. Debré dice a voces que se preparan cambios radicales en la orientación económica y social de Francia, o sea que se practicará la política preconizada por M. Mitterrand, que el General De Gaulle calificó de demagógica. Si de sabios es mudar de parecer, no carece ciertamente de sabiduría el General De Gaulle, como lo ha mostrado en diversas ocasiones, aunque, todo bien considerado, no ha dejado nunca de ser fiel a sí mismo. Lo cual quiere decir que el nuevo septenio no reserva sorpresas de fondo, si bien parezca brindarlas en la forma. Las elecciones presidenciales, por tanto, no implican una lección, ni siquiera un palmetazo, susceptible de que el General De Gaulle deje de ser quien es. La única lección, como dijo Mitterrand, es que “es falso decir que no podía intentarse nada contra el General De Gaulle. Francia vivió antes del General De Gaulle. Francia vivirá después del General De Gaulle”. Tal esperamos para el futuro de esa nebulosa que llamamos Europa.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.